



CLÁSICOS
CASTALIA

DULCE DUEÑO

EMILIA PARDO BAZÁN

DULCE DUEÑO

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
MARINA MAYORAL



CLÁSICOS
CASTALIA



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:
<https://www.castalia.es>
<https://www.edhasa.es>

Primera edición: junio de 2022

Ilustración de la cubierta: Carlo Crivelli, «María Magdalena», h. 1480-1487.
Pintura al temple dorado sobre tabla, Rijksmuseum, Ámsterdam.

© de la edición: Marina Mayoral, 2022

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2022

ISBN 978-84-9740-895-0

Depósito Legal B 10208-2022

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

S U M A R I O

INTRODUCCIÓN

Vida y obra	9
Infancia y adolescencia	9
Matrimonio y vida social. Estudios.	13
Primer hijo. Primera novela	16
Pardo Bazán, novelista	19
Ruptura matrimonial	24
El éxito	26
Los años 90	32
El siglo xx	37
Análisis de la novela.	43
Tema central de la obra	43
La génesis de una idea	43
Un personaje extraño	45
Relación autora-personaje	48
Las tentaciones del mundo.	49
El ideal anarquista	49
El amor carnal	51
La tentación del poder político.	54
El tema de la gracia	55

El momento culminante	58
Un final abierto	59
Misticismo y no feminismo	61
Dimensión moral de la novela	62
Aspectos formales.	64
Estructura	64
Voz narrativa	66
Temporalización	68
Lengua y estilo.	69
ESTA EDICIÓN	73
AGRADECIMIENTOS	75
BIBLIOGRAFÍA	77

DULCE DUEÑO

I. Escuchad	89
II. Lina	143
III. Los procos	181
IV. El de Farnesio	203
V. Intermedio lírico	229
VI. El de Carranza	239
VII. Dulce Dueño	283
LA EDITORA	313

I N T R O D U C C I Ó N

VIDA Y OBRA

Infancia y adolescencia

Nació Emilia Pardo Bazán el 16 de septiembre de 1851, en A Coruña, en el seno de una familia de clase social alta y desahogada economía. Ve la luz en la calle de Riego de Agua, pero pronto la familia se traslada a la casa de la calle Tabernas, donde hoy tiene su sede la Real Academia Gallega y la Casa Museo de la escritora.

Las noticias más interesantes sobre sus primeros años nos han llegado a través de la misma pluma de doña Emilia, que evoca su infancia, adolescencia y juventud en los *Apuntes autobiográficos* que publicó como prólogo a la primera edición de *Los Pazos de Ulloa*.¹

¹ Las citas de los *Apuntes* están tomadas de la primera edición de *Los Pazos de Ulloa*, Establecimiento tipográfico / Editorial Daniel Cortezo y C^a. Barcelona, 1886. Se han reeditado en *Obras Completas*, III, introducción, bibliografía, selección de material crítico, prólogo, clasificación de cuentos, notas y apéndices de Harry L. Kirby Jr., Aguilar, Madrid, 1973, pp. 698-732. Más recientemente en *Obras Completas*, II, Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, (eds) Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 1999, pp. 5-59.

Doña Emilia fue una niña feliz. Su madre, doña Amelia de la Rúa, era una mujer cariñosa y de buen carácter. Su padre, don José Pardo Bazán, de talante liberal y comprensivo, no se opuso nunca a la vocación literaria de su hija, sino que la impulsó y favoreció. Según se desprende de los recuerdos de la escritora, era un hombre que veía con simpatía las reivindicaciones feministas.

La educación de la niña, hija única, fue la propia de la época y de su clase social, con la única particularidad de que, desde muy pronto, se despertó en ella el gusto por la lectura, que pudo satisfacer sin cortapisas. En la casa hay una buena biblioteca donde la pequeña Emilia entra a saco:

Era yo de esos niños que leen cuanto cae por banda, hasta los cucuruchos de especias y los papeles de rosquillas; de esos niños que se pasan el día quietecitos en un rincón cuando se les da un libro, y a veces tienen ojeras y bizcan levemente a causa del esfuerzo impuesto a un nervio óptico endeble todavía. (p.14)

Doña Emilia siempre bizqueó un poco y se ve que atribuía ese rasgo a sus tempranas e intensas lecturas. No parece que le diera demasiada importancia, ni que lo lamentara. El placer de leer se sobrepone a su coquetería o quizá pensaba, como dirá Sender de la princesa de Éboli, que un ligero estrabismo hace más excitante el atractivo femenino. El caso es que lee mucho y que tiene muy buena memoria: es capaz de recitar «sin omitir punto ni tilde» capítulos enteros del *Quijote*, uno de sus libros favoritos en la infancia, junto con la *Biblia*. Por contarle se gana la crítica de don Marcelino Menéndez Pidal, que la califica de pedante en una carta a su amigo Juan Valera:

Ana M^a Freire López ha estudiado la redacción autógrafa de esa obra: «La primera redacción, autógrafa e inédita, de los *Apuntes autobiográficos*», en *Cuadernos para investigación de la Literatura Hispánica*, 26, 2001, pp. 305- 336.

Doña Emilia Pardo Bazán ha publicado el primer tomo de una nueva novela que no he leído. Pero sí he leído unos apuntes autobiográficos con que la encabeza y que, a mi entender, rayan en los últimos términos de la pedantería. Dice, entre otras cosas, que cuando era niña la Biblia y Homero eran sus libros predilectos y los que nunca se le caían de las manos.²

También José M.^a de Pereda critica esos *Apuntes* en una carta a Galdós. Tras hacer algún elogio de la novela, añade:

Lo que refuto por insoportable e indigerible es la autobiografía del principio: aquello [...] es de una cursilería semiestúpida que tira de espaldas.³

Doña Emilia debía de temer esas reacciones porque, antes de hablar de su vida, las primeras páginas las dedica a justificar el género de la autobiografía. Empieza diciendo que lo escribe a petición de sus editores, «los señores Cortezo y Compañía», y manifiesta su agrado por ese género literario: «Siempre me gradaron los escritos de carácter confidencial, en que un autor se revela y descubre, dando al público algo de su propia vida» (p. 5).

Es consciente de que en España es un género poco estimado por el público y poco practicado por los escritores, al contrario de lo que sucede en el extranjero:

En países extranjeros he notado cuánto aprecia el público este género, tenido en concepto de sabroso aperitivo y delicada golosina, estimadísima, de los refinados sibaritas del entendimiento. (pp. 5-6)

Pone el ejemplo de Francia, donde abundan todo género de memorias, autobiografías, correspondencias y diarios y se estudian

² *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo 1877-1905*, Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo, Espasa-Calpe, Madrid, 1946, p. 315.

³ *Cartas a Galdós*, edición de Soledad Ortega, *Revista de Occidente*, Madrid, 1964, pp.114-115.

numerosos detalles de la vida personal y familiar de novelista y poetas.

Con gran perspicacia considera que es un género que beneficia a la investigación futura:

¡Y qué de datos interesantes; qué de pormenores inéditos; qué de documentos elocuentes permanecen allí para los futuros investigadores!
(p. 6)

Considera que no debe tacharse de vanidoso a quien escribe sobre sí mismo y se defiende de un posible ataque insinceridad. La sinceridad es posible, asegura, y el deseo de comunicación y no la vanidad es lo que guía su pluma:

Del pico de la pluma apoyado sobre la cuartilla en blanco sube por la mano al corazón, a manera de corriente eléctrica, un deseo de expansión, un afán irresistible de comunicar al público lo más recóndito de nuestro pensar y sentir. Bien mirado, el arte no es otra cosa sino la comunión del alma individual con el alma colectiva, si vale llamarla así. (p. 8)

Desde muy pronto, doña Emilia experimenta ese deseo de comunicar por escrito sus sentimientos y experiencias y así lo cuenta en los *Apuntes*. El desembarco en A Coruña de las tropas vencedoras en la guerra de África, en 1860, cuando ella tiene nueve años, le produce un gran entusiasmo patriótico que se manifiesta por escrito: «me refugié en mi habitación y garrapateé mis primeros versos, que barrunto debían de ser quintillas» (p.13).

Pasa los inviernos en Madrid, semipensionista en un colegio francés, «flor y nata de los colegios elegantes». Sale de allí hablando correctamente el idioma, pero con malos recuerdos de la directora, «una vieja muy adobada y peripuesta que nos trataba peor que a galeotes [...] francesa más tacaña no he visto, y eso que el género abunda».

En su adolescencia, por los catorce o quince años, escribe versos y, a escondidas, lee novelas románticas francesas, sobre todo

de Víctor Hugo, que le descubre un mundo muy distinto al de Cervantes y Fernán Caballero, únicos novelistas que hasta entonces había conocido: «¡Qué bien me supo todo aquello de la Esmeralda con el capitán Febo, y las abnegaciones angelicales de Cuasimodo, y las tramas inicuas de Claudio Frollo!» (p. 25).

Esas lecturas condicionan sus ideas sobre el género novelesco:

Aquí todo es extraordinario, desmesurado y fatídico, y el entendimiento de quien lo ha escrito tampoco puede medirse con los demás, sino que es fénix y sin par. Esta consecuencia influyó en el concepto que por muchos años tuve de la novela, creyéndola fuera del dominio de mis aspiraciones, por requerir inventiva maravillosa (pp. 25-26).

Cuando escribe esas palabras, Doña Emilia tiene treinta y cinco años y quiere dejar en el olvido sus primeras obras de carácter moralizante, escritas a los quince años bajo la influencia de Fernán Caballero: el cuento largo «Un matrimonio del siglo XIX», que publica en el *Almanaque de La Soberanía Nacional para 1866*, y la novela corta *Aficiones peligrosas*, que publicó por entregas en *El Progreso* de Pontevedra, de agosto a octubre de 1866.

Matrimonio y vida social. Estudios

Se casa muy joven, el mismo año en que se pone de largo, a los dieciséis, y esos acontecimientos de su vida coinciden con la gran conmoción política de 1868. Ella los resume en una frase: «Tres acontecimientos muy importantes de mi vida se siguieron de cerca: me vestí de largo, me casé y estalló la revolución de septiembre».

Su marido, don José Quiroga, es sólo tres años mayor que ella. Tiene diecinueve años y pertenece también a la aristocracia provinciana. Es alto y delgado (ella es bajita y tendió siempre a regordeta), de ojos azules y facciones suaves. En las fotos de esta época se le ve guapo, aunque un poco desgarbado. Estudia Derecho en la

Universidad de Santiago de Compostela y es partidario del carlismo. Su entusiasmo por esta causa política debió de influir en estos primeros años en la joven Emilia.

En 1869 don José Pardo es elegido diputado a Cortes y la familia, incluidos los recién casados, se traslada a Madrid. Durante unos años pasan los inviernos en Madrid y los veranos en Galicia, donde las dos familias tienen casas solariegas. La vida social madrileña deslumbra en un primer momento a la joven provinciana y la aparta del estudio y de la lectura:

Mi congénito amor a las letras padeció largo eclipse, oscurecido entre las distracciones que ofrecía Madrid a la recién casada de dieciséis años, que salía de una vida austera, limitada al trato de familia y amigos graves. (p. 26)

A pesar de la revolución, la vida madrileña estaba llena de tentaciones para una mujer joven y curiosa como era Pardo Bazán. Ella cuenta que por las mañanas hacía visitas o iba a aprender equitación, por las tardes a pasear en coche por la Castellana, intercambiando saludos y luciendo las ropas de moda; todas las noches «a teatros o saraos»; en primavera, a los conciertos a oír y ver a los artistas de moda; a la salida del concierto, «a ver matar al Tato».⁴ En verano, al Retiro por las noches, a pasear a caballo por la Casa de Campo, o excursiones a El Escorial o a Aranjuez. Al cabo de algunos años empieza a aburrirse de aquella vida y a encontrar monótonas aquellas distracciones:

Empezaron a dejarme en el alma un vacío, un sentimiento de angustia inexplicable, parecido al del que se acuesta la víspera de un lance

⁴ Antonio Sánchez, El Tato (1831-1895) fue un torero famoso por su gran valentía y habilidad con el estoque. Doña Emilia solo pudo verlo a comienzos de la temporada de 1869, porque el 7 de junio de ese año sufrió una cogida en la Plaza de Madrid que provocó la amputación de una pierna y el final de su carrera taurina.

de honor, y le oprime entre sueños el temor de no despertarse a tiempo para cumplir con su deber. (p. 27)

¿Cuál es ese deber al que le parece que está faltando? Todavía no lo sabe. Siente angustia de perder el tiempo, intuye que ella tiene que hacer algo distinto al resto de las damas ociosas que se pasean por Madrid. Los acontecimientos políticos van a favorecer su vocación, aún escondida. En 1871 toda la familia se traslada a Francia, «con ánimo de ver correr tranquilamente desde París las turbias aguas de la revolución, ya sin dique» (p. 32).

Durante la estancia en el extranjero, vuelve a ocuparse de su formación intelectual. Estudia inglés para poder disfrutar en su lengua de Shakespeare y Byron. Viaja por Italia, leyendo a los románticos italianos: Alfieri, Foscolo, Manzoni, Silvio Pellico. Visita museos y monumentos, va a Viena a una gran exposición donde se exhiben los adelantos de la industria, y empieza a escribir un Diario de viaje que no llegó a publicar nunca, pero que inició su costumbre de reflexionar por escrito sobre todo cuanto ve. Ella resume así su experiencia de aquellos años: «Fue un hermoso viaje, bien aprovechado, y en el cual resurgió mi vocación, llamándome con dulce imperio» (p. 32).

Al regresar a España, en 1873, comienza de nuevo a llevar una intensa vida social, pero sin desatender a su formación. Entra en contacto con el krausismo, se hace amiga de Giner de los Ríos, lee mucha filosofía, sobre todo a Kant, a través de traducciones francesas, y estudia alemán para poder leer en su lengua a Goethe, Schiller y Heine. Se impone una férrea disciplina de trabajo sin permitirse lectura de novelas o libros de entretenimiento:

Viendo lo mal fundado de mi instrucción, mi erudición a la violeta y el desorden de mis lecturas, me impuse el trabajo de enlazarlas y escalonarlas, llenando los huecos de mis conocimientos, a modo de cantero que tapa grietas de pared. (pp. 38-39)

Primer hijo. Primera novela

En 1876 nace su primer hijo, Jaime, y salen también a luz pública los primeros hijos literarios.

Se presenta a los juegos florales que se celebran en Orense con motivo del segundo centenario del padre Feijóo y queda ganadora en verso. Recibe la Rosa de Oro (una rosa cincelada en oro macizo, de tamaño natural) por una oda, en competencia con Valentín Lamas Carvajal⁵, que recibió el Pensamiento de Plata por una obra en gallego. En la modalidad de ensayo, quedó igualada a votos con Concepción Arenal. Tras muchas deliberaciones se encomendó la resolución al claustro de la Universidad de Oviedo, que excluye el trabajo de Concepción Arenal por considerar que era tendencioso y deformaba el pensamiento feijoniano. Por unanimidad, deciden dejar desierto el premio de cuatro mil reales, pero por mayoría deciden concederle el accésit al trabajo de Pardo Bazán.⁶

Esos premios le causaron más disgustos que alegrías porque, al hacerse público el nombre de los concursantes, muchos de sus amigos, creyeron que el jurado había sino manipulado a su favor, y así se lo hicieron saber. El asunto era polémico y hasta hoy mismo se sigue opinando acerca de la justicia del fallo del jurado. Isabel Burdiel cree que el trabajo de Pardo Bazán «era tal vez el trabajo más adecuado a las intenciones del premio».⁷

En 1877 aparecen los primeros artículos en revistas madrileñas. El nacimiento de su hija Blanca en 1878 no frenó su creciente

⁵ Valentín Lamas Carvajal (1849-1906): poeta y periodista, fundador, junto a Manuel Murguía, de la Real Academia Gallega. Pese a quedarse ciego a los veinticinco años, se convirtió en el periodista más popular de la Galicia del siglo XIX. Sus obras más famosas fueron el poemario *Espiñas, follas e froes* y el libro de humor satírico *Catecismo do labrego*.

⁶ Para detalles sobre la composición de los distintos jurados y estudio de los trabajos presentados, véase Xosé Ramón Barreiro Fernández, «O estudos crítico das obras do P. Feijóo de Pardo Bazán, Concepción Arenal, e Miguel Morayta. O Certame de Ourense de 1876», *La Tribuna* 1, pp. 47-94.

⁷ Isabel Burdiel, *Emilia Pardo Bazán*, Penguin Random House, Barcelona, 2019, p. 107.

actividad intelectual. Empieza a leer a los novelistas españoles contemporáneos, Galdós, Pereda, Valera, y la lectura constituye una verdadera revelación: aquello no era el mundo imaginario y las aventuras sin cuento de las novelas románticas. Doña Emilia, como Saulo en el camino de Damasco, descubre su definitiva vocación. Lo cuenta así en los *Apuntes autobiográficos*:

Si la novela se reduce a describir lugares y costumbres que nos son familiares, y caracteres que podemos estudiar en la gente que nos rodea, entonces (pensé yo) puedo atreverme; y puse manos a la obra. (pp. 51-52)

Además de leer a los novelistas españoles, lee a Émile Zola, su tocayo francés, que tan perdurable influjo dejará en su obra. Animada, sin duda, por todos estos ejemplos, escribe y publica su primera novela: *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina* en 1879.

Esta obra marca un hito y abre un nuevo camino en la vida de Pardo Bazán.

La obra fue muy bien recibida por la crítica. En *Los Lunes del Imparcial* le dedican una reseña sin firma. Tras alabar el realismo español, representado por Galdós, «jefe de la novela española», y por Valera, Pereda, Alarcón, se incluye en la lista a doña Emilia: «Realista es asimismo las Sra. Pardo Bazán, autora discretísima de Pascual López». Cuenta con pormenor el argumento y hace elogios a la autora:

Maestra al narrar, elegante al describir, natural y vivaz en el diálogo, la Sra. Pardo Bazán ha probado en *Pascual López* que posee condiciones extraordinarias para cultivar la novela [...] En cuanto al estilo de *Pascual López*, diremos que es castizo, arcaico a veces –con ese elegante arcaísmo que es un mérito y no un defecto– propio, pintoresco y amenísimo.⁸

⁸ *El Imparcial*, *Los Lunes del Imparcial*, 17 de noviembre de 1879.

Manuel de la Revilla⁹ confirmó con su crítica el éxito de la incipiente novelista:

Sin ser Pascual López una novela de primer orden merece aplauso por las numerosas bellezas que contiene, como también por la sana y elevada moral en que se inspira, y, sobre todo, por las cualidades de estilista que su autora revela.

La mayor parte de la crítica la dedica a recordar a los lectores su invencible prevención contra las mujeres sabias y literatas, para decir en seguida que doña Emilia echó abajo esa prevención desde las primeras líneas de su novela:

Y no pudimos menos de celebrar los méritos de la nueva escritora, la cual, por lo viril de la concepción y el lenguaje de la obra, debe ser fruto de una equivocación de la naturaleza, que encerró el cerebro de un hombre en un cráneo femenino.

Y concluye: «Siga por ese camino la señora Pardo Bazán y ocupará lugar distinguido entre nuestros novelistas».¹⁰

Sus palabras sobre el talento «viril» de doña Emilia tuvieron éxito y constituyeron a partir de ese momento un tópico de la crítica sobre la autora. En realidad, en la época se consideraba un elogio.¹¹ Es un caso semejante al de Gertrudis Gómez de Avellaneda, a quien calificaron de talento «varonil» escritores y críticos contemporáneos, y de quien Zorrilla escribió:

⁹ Manuel de la Revilla (1846-1881) fue catedrático de la Universidad Central de Madrid, poeta, ensayista, periodista y el crítico más importante hasta su temprana muerte.

¹⁰ *El Globo*, sábado 27 de diciembre de 1879.

¹¹ Véase Marina Mayoral, «Romanticismo y poesía femenina. El acceso de la mujer a la escritura», en Víctor García de la Concha, *Historia de la Literatura Española, siglo XIX (I)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997, pp. 553-558.

No había nada de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva [...] era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.¹²

En contra de la opinión de dos de sus maestros intelectuales, Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, que desprecian el género de la novela, la acogida favorable de los críticos más importantes del momento afianzó la vocación de doña Emilia que, sin abandonar su interés por la Filosofía, la Ciencia y el ensayo literario, inicia con decisión, a partir de la publicación de *Pascual López*, el camino que la llevará a la gloria literaria como novelista. No era un camino de rosas.

Pardo Bazán, novelista

El mismo año en que ve la luz su primera novela, nace su hija María de las Nieves (a la que llaman familiarmente Blanca). A las inquietudes de la escritora se suman las de una madre, las de una esposa que comienza a distanciarse de un marido demasiado apegado a la vida provinciana, y también las de una hija, que constata que las facilidades de vivir con sus padres suponen inevitablemente una merma de su independencia. En su correspondencia de esos años, sobre todo en las cartas a Giner de los Ríos, se encuentran abundantes muestras de sus problemas familiares.¹³

Aceptó la dirección de la *Revista de Galicia. Semanario de Literatura, Ciencias y Letras*, que se publicó desde marzo a octubre de 1880. Puso especial cuidado en que no pareciese una publicación dirigida a un público femenino y, pese a su nombre, apenas prestó

¹² José Zorrilla, *Memorias del tiempo viejo*, en *Obras Completas*, tomo II, edición de Narciso Alonso Cortés, Librería Santarén, Valladolid, 1944, pp. 2051-2052.

¹³ Véase, Jose Luis Varela Iglesias, *Emilia Pardo Bazán, Epistolario a Giner de los Ríos*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo 198, 2001, cuaderno 2, pp. 327-390 y cuaderno 3, pp. 439-506.

atención a las letras gallegas: no informó de la primera novela gallega (*Maxina ou a filla espúrea* de Marcial Valladares), ni tampoco, lo que es más sorprendente aún, de la publicación de *Follas novas* de Rosalía Castro.

Su salud se resiente, y para curar una afección hepática reside durante una temporada en el balneario de Vichy, en 1880. Aprovecha el descanso para leer a autores franceses: Balzac, Flaubert, los Goncourt, Daudet, y toma notas del ambiente que va a utilizar en su segunda novela: *Un viaje de novios*.

Antes de regresar a España, pasa por París y consigue que le presenten a Víctor Hugo, el ídolo de su adolescencia. Por entonces doña Emilia es una escritora apenas conocida en España y Víctor Hugo es el patriarca de las letras francesas, famoso en todo el mundo. Ella cuenta con gracia la entrevista en los *Apuntes*:

El de *Hernani* me convidó a su tertulia, mejor dijera a su corte, pues no parecía sino monarca destronado en el suntuoso salón alumbrado por resplandeciente araña de veneciano cristal, vestido de seda y decorado con soberbios tapices, donde a un lado y a otro, sentados en doble hilera, sin chistar o conversando entre sí muy bajito de pie, cual si no osasen acercarse al Maestro, estaban los postreros cortesanos de la majestad caída, neófitos tardíos y rezagados del Romanticismo. (p.60)

En Francia, los vientos literarios soplaban en la dirección que marcaban Zola y sus seguidores, pero el respeto y la admiración por Víctor Hugo se mantienen. Doña Emilia está un poco cohibida. El maestro la ha sentado a su lado y le pregunta sobre aspectos de la vida en España, país al que mira, según le dice, como a una segunda patria. Lamenta el poeta el atraso cultural de España, que atribuye a la Inquisición, que, dice, había quemado artistas y sabios hasta 1824. A pesar del respeto que le inspira, doña Emilia contradice con buenas palabras al maestro: la Inquisición no quemaba artistas sino judaizantes y dejó de actuar mucho antes de que se aboliese definitivamente en 1812 (no en 1824). Otra dama, que actúa como anfitriona, le pregunta con cierta ironía si ha estudiado his-

toria en los dominicos, y doña Emilia, perdidos los miramientos que la frenaban con Víctor Hugo, le contesta que ha estudiado historia en los autores franceses, en Michelet y Thiers, donde ha podido comprobar que las crueldades de la Revolución francesa no tenían nada que envidiar a las de la Inquisición española, y que ésta nunca habría enviado al patíbulo a un escritor como Andrés Chénier porque en España se respetaba a las musas, como lo probaba su presencia en aquella casa. El viejo poeta se queda encantado del arranque y dice sonriendo: «Voilà bien l'espagnole!». Después corta la discusión elogiando la patria de su apasionada visitante: España es el país más romántico de Europa, dice.

Al volver a España, doña Emilia inicia una etapa de intensa actividad en todos los órdenes.

En 1881 nace su hija Carmen y publica su único libro de poemas, *Jaime*, en una edición de sólo trescientos ejemplares, muy cuidada, sufragada por su amigo Giner de los Ríos. Escribe mucho y de materias muy diversas. En ese año publica *Un viaje de novios*, novela en la que ya se advierte la influencia naturalista, que rompe abiertamente con los tópicos de la novela femenina moralizante y de final feliz.

En 1882 publica *San Francisco*, biografía del santo de Asís por el que doña Emilia siente profunda admiración. El libro es muy bien recibido, tanto por el público como por la crítica y es uno de los que más ediciones tuvo, dentro y fuera de España. En 1883 publica la novela *La tribuna* y *La Cuestión palpitante*. El éxito y el escándalo llegan juntos.

Para escribir *La Tribuna* (la historia de una cigarrera que se mete a oradora pública y es seducida por un señorito), se documenta cuidadosamente. Acude cada tarde a la fábrica de tabacos de A Coruña. Lleva con ella a su hija pequeña para ganarse la confianza de las obreras. No quiere que la vean como una señora aristocrática y desocupada sino como una mujer interesada en sus problemas.

Al mismo tiempo empieza a publicar una serie de artículos sobre el naturalismo, el movimiento literario que, capitaneado por Zola, se extiende desde Francia. Los reúne bajo el título común de *La cuestión palpitante*.

El naturalismo no es sólo una manera de escribir, es una concepción de la existencia. En ella, la herencia fisiológica, el medio ambiente y las circunstancias históricas determinan de modo inapelable la trayectoria vital del ser humano. No existe el libre albedrío y la libertad es una mera ilusión. Doña Emilia ataca el fondo filosófico y defiende los hallazgos literarios: la objetividad narrativa, el uso del discurso indirecto libre, el carácter simbólico de las novelas, etc. Su crítica es inteligente y medida, sabe distinguir los aciertos literarios de los errores ideológicos, pero su libro es mal interpretado, lo mismo que *La Tribuna*.

Los críticos y algunos colegas sólo se fijan en los aspectos más llamativos: el parto de la joven obrera, la dureza con que se refleja el trabajo de la fábrica o la frase final de la novela: «¡Viva la República Federal!», que no pertenece a la voz narradora, sino a uno de los personajes, pero que todos atribuyen a la autora. Pardo Bazán se convierte en la capitana de los naturalistas españoles, a su pesar, y cuando su postura había sido más bien crítica que laudatoria hacia el movimiento.

Don Marcelino está abiertamente en contra de la deriva naturalista de la escritora, y lo deja de manifiesto en el prólogo que le envió para la segunda edición de *San Francisco* en 1886¹⁴. Ella le había pedido «diez líneas» cuando publicó el libro y puntualizaba: «Y entienda usted que ni las censuras me enojarán ni quiero un bombo».¹⁵ Don Marcelino retrasó el envío varios años y finalmente envió unos comentarios que solo se pueden explicar por la cerrazón mental de aquel erudito, convencido de la inferioridad intelectual de las mujeres y contrario a toda innovación, pero que son interesantes como muestra de lo que una parte de la sociedad pensaban sobre Pardo Bazán. Critica en primer lugar su feminismo:

¹⁴ *San Francisco de Asís (siglo XIII)*, 2ª edición, Librería de Garnier Hermanos, París, MDCCCLXXXVI.

¹⁵ *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, vol. 5, carta nº 364 del 16 septiembre 1882.

Esta curiosidad febril e impaciente, este insaciable afán de abarcarlo y poseerlo todo, como si quisiera emular en un solo día el trabajo de muchas generaciones de hombres, y arrebatarse como por asalto, para corona y timbre de su sexo, la ciencia que por tantos siglos fue patrimonio exclusivo del nuestro, se revela a la simple lectura del catálogo de las obras bastante numerosas, pero todavía más variadas, que hasta ahora ha producido el ingenio de la señora Pardo Bazán. (p. XI)

Después asegura sin ambages que la obra de Pardo Bazán, como la de cualquier mujer, carece de originalidad:

Este carácter ardiente y batallador que los últimos escritos de doña Emilia ostentan, no ha borrado, antes ha contribuido a poner más de manifiesto, el carácter femenino por excelencia, el de seguir dócilmente un impulso recibido de fuera. No se quiebran impunemente las leyes de la naturaleza, y en algo consiste que ninguno de los grandes descubrimientos vaya ligado a un nombre de mujer. Toda gran mujer ha sido grandemente influida. Ellas pueden realzar, abrillantar, difundir con lengua de fuego lo que en torno de ellas se piensa, pero al hombre pertenece la iniciativa. (p. XIII)

Y, por último, tras algunos elogios al estilo y al libro que está prologando, critica a la autora por haber escrito obras de carácter naturalista:

Así me explico yo que doña Emilia Pardo Bazán, cuyo estilo cualquiera puede envidiar y a cuya cultura pocos españoles llegan, después de haber escrito este libro de *San Francisco*, magnífica prenda soltada en favor de las más puras y delicadas realidades del sentimiento y de la fe, se haya dejado arrebatarse del torbellino de la moda literaria, y ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica, haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado temor a sus mejores y más antiguos amigos. (p. XIII-XIV)